



## **Intervenció del president Puigdemont a l'esmorzar-col·loqui de Nueva Economía Fórum**

El proceso de independencia no preocupa al Estado español. Preocupa a muchos españoles, pero no al Estado.

El pasado 27 de septiembre, 2 millones de ciudadanos españoles pidieron darse de baja, cancelar la subscripción con el Estado español (esto significa el 8% del total de votantes en toda España del 20 de diciembre).

Los 11 de septiembre de 2012, 2013, 2014 y 2015 millones de personas se han manifestado pacíficamente en favor de la independencia

Hasta hace menos de cuatro años, el independentismo político tenía un apoyo discreto de los electores catalanes. El 2010, cuando se produjo la sentencia del TC contra el Estatut de Catalunya, sólo 14 de los 135 diputados del Parlament catalán fueron elegidos para defender la independencia de Catalunya. Un apoyo del 10% de los votantes, que fueron 330.000.

Hoy, aquellos 14 somos 72. Hoy, aquellos 330.000 somos 2 millones. Hoy, aquel 10% es un 48%.

Imaginen todas estas magnitudes trasladadas a una empresa o entidad social. Imagínense que de golpe una empresa recibe en un solo día la solicitud de cancelación de cuentas de 2 millones de sus clientes de un mismo territorio. La alarma sería inmediata y las reacciones no se harían esperar. Enviarían a sus mejores hombres a entender por qué ha pasado eso y se encargarían de conocer a fondo la opinión de toda esa gente que quiere dejar la relación que había existido hasta la fecha. Y luego adoptaría medidas, unas de urgencia y otras estructurales, para evitar una situación que, de consolidarse, se haría imposible de revertir.

Pero el Estado español no. El Estado no está preocupado, porque ni tan siquiera se molesta a venir a preguntar nada, ni pide reunirse con nosotros para tratar de conocer las causas que explican esta evolución, ni por supuesto adopta ninguna medida para revertir lo que muy adecuadamente el presidente Montilla calificó como desafección. Al contrario, avanza en la senda contraria y protagoniza episodios incluso grotescos como el de intentar prohibir a la gente poder animar a su equipo con la bandera estelada.

Yo no sé cómo se debería definir esta actitud, pero desde luego no como preocupación. Al contrario, es una elocuente despreocupación.

Naturalmente yo sí que me pregunto ¿Y por qué no está preocupado?



A mi entender, por dos razones, ambas sí preocupantes. La primera, porqué le da igual lo que queramos, porqué dice tener una ley que no lo permite. Y punto. Y esto debería ser suficiente para que todas estas personas, estos dos millones, nos vayamos a casa y sin protestar. El problema no existe, entonces por qué preocuparse?

La segunda, porqué se sienten apoyados por una mayoría política en España que jamás va a permitir ningún cambio en la línea del que propone el Parlament catalán, ahora o en el pasado, tal como quedó perfectamente demostrado con la campaña contra el Estatut y la sentencia posterior. Un Estatut que fue la última propuesta reformadora de España que formuló el catalanismo político. Por lo tanto, si es imposible políticamente, entonces por qué preocuparse?

Bien. Me atrevo a advertir que el gobierno español puede transitar de despreocupación en despreocupación hasta la preocupación final.

Y hoy les voy a hablar de ello.

Porqué uno de mis propósitos políticos e institucionales es reclamar la atención debida a un asunto muy importante, que se encuentra en un momento muy decisivo y que tiene consecuencias de gran trascendencia, para poder encontrar la mejor solución para todos. Por eso hacemos política, para reconocer dónde hay un problema, de qué dimensión se trata y, por consiguiente, qué medidas hay que estudiar y luego proponer. Hacer política para acabar no haciendo nada es el camino más rápido al colapso.

Además de preguntarse el porqué de lo que está pasando en Catalunya, también deberían formularse otra pregunta sustancial: quién se ha movilizado y por qué. La sociedad catalana está convencida que el Estado español, y que quede claro que cuando hablo del Estado no me refiero a España ni a sus ciudadanos, es un mal estado. Un mal estado para el conjunto de los ciudadanos de España, y un muy mal Estado para Catalunya. Hay mucha gente en Catalunya que aún sin ser soberanista quiere y necesita un buen estado, porqué los tiempo en que vivimos nos exigen que nos dotemos de buenos estados. Buenos instrumentos para dar respuestas a la gente. Por eso decimos que para nosotros proyecto nacional y proyecto social son lo mismo.

Estoy convencido que la solución llegará de todas formas. Y yo creo que la mejor de las soluciones es la que pasa por la que acordemos conjuntamente. Para ello es imprescindible que el Estado deje de pensar que éste es un asunto pasajero, de políticos enloquecidos y de ciudadanos engañados. Si no quiere preocuparse, al menos debería ocuparse. Debe entender que hay que dialogar sobre este asunto, que no puede mirar hacia otro lado porque se trate de una realidad que no le guste nada.

Luego, también es imprescindible reconocer la razón del otro. Los que queremos la independencia y los que no. Reconocer no es compartir, es respetar. En las posiciones políticas e institucionales democráticas debería imperar el reconocimiento y el respeto como condiciones indispensables para acercarse a las soluciones. En ese sentido, les propongo



que no pase de este año en que se hagan los esfuerzos necesarios para que nos reconozcamos más, y el independentismo catalán sea respetado por parte de las instituciones y representantes políticos e institucionales como una razón más, como un actor político que está aquí y que no va a desaparecer. Como lo es la opción contraria a la independencia, que es una razón digna de reconocimiento y un actor que no va a desaparecer de Catalunya cuando se constituya el Estado propio.

Y, claro, finalmente se debería dialogar. Dialogar con coraje y con ganas de llegar a acuerdos y con la firmeza y el compromiso de implementarlos.

Esto llevaría, a mi modo de ver, a la mejor de las soluciones. Conjunta, dialogada y comprometida.

Obviamente no es la única de las soluciones, pero es la que más nos conviene a las dos partes. Y lo digo con el máximo interés en que las cosas nos vayan bien, a España y a Catalunya. Porque al día siguiente de la solución satisfactoria a las aspiraciones que se plantea Catalunya habrá que continuar cooperando en todo y con todos.

En Catalunya la inmensa mayoría de la población no quiere desentenderse de España. Pero tampoco quiere entenderse de esta manera. La gente quiere reentenderse, y una gran parte de nuestra sociedad opina que la mejor manera que nos podamos reentender es que lo hagamos desde a una posición de respeto mutuo, de igual a igual, donde no se cuestione a Catalunya su identidad nacional, su lengua, su cultura; donde se acuerden los términos de la solidaridad con los territorios más desfavorecidos de manera soberana, leal y justa. Donde cada uno pueda priorizar las infraestructuras que mejor favorezcan al dinamismo de su economía y a la creación de puestos de trabajo, donde podamos convenir las interdependencias de nuestros futuros. Porque vamos a continuar interdependientes.

Alguien podría decidir que esto podría ser posible con un pacto constitucional. Por qué no se ponen todos ustedes de acuerdo con una reforma de la Constitución?

Hoy ya no nos podemos engañar más. El pacto no está ni se le espera. Es un enunciado, cabe en el espacio de un mensaje de twitter. Pero no va más allá de las vaguedades sabidas y anunciadas de forma recurrente cuando a cierta política española se la pone ante el espejo de las demandas catalanas y para escabullirse del problema saca la reforma federal, que nunca jamás nadie ha visto, y todo lo que concreta es que te quedas con el Senado. Supongo que todos ustedes se habrán fijado en que los millones de personas que salieron a la calle estos últimos cuatro años en realidad, cuando gritaban "independencia" querían decir "reforma federal" y cuando saltaban por las calles es que daban saltos de alegría al saber que nos querían trasladar el Senado a Barcelona.

Además, el pacto no es posible sin un gran coraje político. Estamos muy lejos de aquel primer Adolfo Suárez que se la jugó muy seriamente para asegurar la democracia en España, propósito en el que contó en algunos episodios clave también con el coraje del



entonces Rey Juan Carlos. Asumieron riesgos para que hubiera las condiciones en las que debería discurrir una democracia europea.

Estamos muy lejos. Hoy, la clase política española que no ha tenido ni tan siquiera el coraje de evitar unas nuevas elecciones, ¿cómo puede tener el coraje suficiente para acometer los cambios profundos, no cosméticos, de una reforma constitucional? Pueden proponer enunciados de reforma constitucional, pero ni hay ambición profunda, ni nadie es capaz de apostar que va a existir una mayoría política que permita unos cambios relevantes, estables en el tiempo y sin demora.

El pacto constitucional, en realidad, se ha ido desconstruyendo en estos últimos años. No queda gran cosa del espíritu transformador y plural que inspiró el estado de las autonomías. No hay un fervor autonómico en ningún sitio. Sabemos, no sólo en Catalunya, y sufrimos por ellos, que hay un proceso recentralizador muy voraz.

Los electores catalanes votaron el 27 de septiembre de forma masiva, hubo una participación récord, histórica, en todas las elecciones al Parlamento catalán. Y votaron en clave de emancipación política. Nos dejaron un Parlament plural con una amplia mayoría parlamentaria a favor de la independencia de Catalunya, legitimado para emprender la construcción de un estado independiente, pero, sin embargo, deberemos culminarlo con una mayoría aún más grande que la actual.

Para ello, el Govern prepara estructuras de estado que garanticen el normal funcionamiento del país y el Parlament elaborará las leyes que den amparo legal a la acción del Govern. En un plazo razonable, nosotros hablábamos inicialmente de 18 meses, y creo que vamos a ir más o menos a este mismo calendario, estaremos en condiciones de convocar nuevas elecciones, que tendrán carácter constituyente si lo quiere una mayoría de los ciudadanos, y que definirá un Parlament legitimado para elaborar una Constitución Catalana, convocar un referéndum y luego formalizar la declaración de la independencia. Es decir, están previstas dos validaciones democráticas más antes de la declaración efectiva de la independencia.

Ésta es la hoja de ruta con la que el Parlamento apoyó mi investidura por mayoría absoluta. Ésta es la hoja de ruta que millones de catalanes han trazado con sus votos y sus movilizaciones, de forma pacífica y democrática, de forma integradora, de forma, si me lo permiten, incluso alegre. Es una hoja de ruta que apela en todo momento al diálogo, a la negociación y al pacto; pero diálogo, negociación y pacto entre iguales.

Nosotros ya estamos sentados en la mesa, en la mesa de la negociación. No nos moveremos de ella, a pesar de que hasta ahora estamos solos. También advierto que no vamos a permanecer cruzados de brazos esperando nada. Estamos dispuestos a dialogar y a negociar, pero no estamos parados. Vamos avanzando, vamos cumpliendo con nuestro programa y vamos demostrando al mundo nuestra determinación. Si hay un gobierno español después del 26 de junio, cosa que no es necesariamente evidente, va a recibir de mi parte dos cosas: una llamada de felicitación, llamada que yo no recibí, y una solicitud de reunión para abordar no sólo los 46 puntos que trasladé al presidente en funciones Mariano



Rajoy, sino principalmente para que empecemos a hablar de cuál es la mejor manera de implementar el encargo que nos formularon los ciudadanos de Catalunya el 27 de septiembre, encargo al que mi gobierno y yo nos debemos.

Dentro de poco rato, en unos minutos, voy participar en una feliz iniciativa de la Fundación Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, con el título “Escolta Espanya, Escucha Catalunya”. Ortega y Gasset literalmente dijo: “no sé por qué solemos entender la palabra crisis con un significado triste; crisis no es sino cambio intenso y hondo, puede ser cambio a peor, pero también cambio a mejor”. Yo propongo a la política española que abra su punto de vista, que lo lea en clave de crisis positiva, en clave de crisis para mejorar, de crisis para que podamos construir un futuro conjunto en Europa y que, sobretodo, desdramaticemos lo que es muy importante, pero que solo es un debate político.

Madrid, 27 de maig de 2016